

# Lo que sea de cada quien

## El telón de David Antón

Vicente Leñero

Cuando uno viaja en avión, llevar encargos es siempre una tarea engorrosa. Que si el bulto satura la maleta, que si hay que localizar luego al destinatario, que si contiene algún artículo sospechoso para la aduana...

Negarse también es difícil, sobre todo cuando es un amigo el que pide el favor. Todos lo sabemos.

En 1973, en vísperas de un viaje a Cuba con el fin de trabajar una serie de reportajes para *Excélsior*, pedí apoyo a Samuel del Villar que era entonces director del fideicomiso del fraccionamiento Paseos de Taxqueña. Samuel conocía bien al ministro cubano de Relaciones Exteriores. Él podía ayudarme en mis tareas periodísticas —aseguró generoso—, y con ese fin me escribió una carta de recomendación.

Ya tenía yo su carta en las manos cuando Samuel se presentó en mi oficina el día anterior al viaje. Quería que le llevara a su amigo el ministro, de su parte, un par de libros. Yo no habría tenido problemas con aceptar el encargo, sólo que se trataba de dos volúmenes enormes y pesadísimos. Uno sobre la obra plástica de Diego Rivera y otro sobre la de Siqueiros.

—No, Samuel, imposible. Mi maleta es muy chica, no tengo espacio, pesan muchísimo.

—Pero el que te está haciendo el favor soy yo —se encabritó Samuel—. Son para el ministro, para que colabore contigo.

—Lo siento. Yo no cargo con eso ni de loco.

Samuel se dio la vuelta y salió molestísimo, soltando madres.

Ya estando en La Habana me arrepentí porque el ministro cubano me trató de maravilla. Además de recibirme en su casa y darme muy buenos tips, compartió conmigo un platón de jamón serrano, ques-



David Antón

tos, camarones y tragos de whisky, no de ron Havana.

Algunos años después, cuando yo trabajaba en *Proceso*, me visitó David Antón, el célebre escenógrafo. Aunque no éramos lo que se dice amigos, compartíamos el ambiente teatral, charlábamos con frecuencia en los estrenos, teníamos aliados comunes.

David Antón estaba enterado de que yo viajaría pronto a Bogotá para asistir al Festival de Teatro de Colombia. Él también necesitaba ir porque se había encargado de diseñar la escenografía de un montaje de Fanny Mickey, la directora del festival, pero urgentes compromisos con el Teatro de los Insurgentes lo retenían en México. Ya había dejado lista allá su escenografía, integrada por cierto —según me dijo— por una serie de telones translúcidos que subían y bajaban en el foro para producir sensaciones oníricas. Algo así.

Su problema consistía en que uno de esos telones, el último, no lo había alcanzado a terminar en Bogotá, sino en México, y ahora necesitaba enviarlo allá con urgencia.

—¿Podrías llevártelo tú en el avión?

—¿Un telón? —me asombré como si me estuviera tomando el pelo.

—Es un poco grande, porque cubre toda la bocaescena, pero es ligero.

—¿Me estás pidiendo que me lleve un telón?

—Lo registras como carga cuando te embarques. No te costará más de cien dólares.

Hablaba como si estuviera solicitando lo más sencillo del mundo. Eso sí: sacó la cartera y me entregó un billete de cien dólares.

Lo primero que pensé fue en darle una negativa rotunda y hasta en mandarlo sencillamente al carajo. Luego recordé aquel lejano episodio con Samuel del Villar y me revivió el sentimiento de culpa.

—Está bien, David. Mándamelo, me lo llevo.

—No será una monserga ya verás. Gracias.

Me dio un abrazo y un apretón de manos.

Esa misma tarde, un par de sus obreros llevó hasta la oficina de *Proceso* el maldito telón convertido en un tremendo rollo de nueve metros de largo. Era imposible cargarlo. Había que arrastrarlo y arrastrarlo como una serpiente moribunda.

Necesité pedir prestado el camión de reparto de la revista para trasladarlo hasta el aeropuerto con mi asistente Gabriel Kapellman y un par de ayudantes. Tirando de la serpiente, sudorosos, cruzaron pasillos hasta el mostrador de la aerolínea. Sufrimos trámites y más trámites. Que sí, que no, que hay que desenrollarlo y quién sabe cuánto más. Pagué noventa dólares y me quedé con el cambio.

Ramiro Osorio, el subdirector del festival, me recibió en el aeropuerto de Bogotá.

—¿Y el telón de David Antón?

Le entregué los papeles del registro de carga cuando salía por la aduana.

—A ver quién saca esa víbora de ahí —fue mi única respuesta. **U**